

OPORTUNIDADES

Fabricio Ezequiel Castro

*Licenciado en Ciencias Políticas por la
Universidad de Buenos Aires.
Ex-estudiante de intercambio por el
programa JIMA en la Universidad
Autónoma de Aguascalientes.
Actualmente cursa la maestría en
Ciencias Políticas de la Universidad
Nacional de San Martín,
en Buenos Aires, Argentina.*

Habíamos finalizado. Se arrellana contra la cama. Mira dubitativamente al techo de la habitación de mi pequeño apartamento semi-amueblado de la ciudad de Buenos Aires. Suspira. Algo le molesta. Nota que no la quiero. Me acuesto a su lado dándole la espalda. Estoy aburrido. No la conozco mucho. No sé de qué hablarle, ni me interesa. Imagino que es otra. Tengo espasmos de desagrado hacia su figura. Ella acepta una pitada de mi cigarrillo. Empieza a hablar.

- ¿Porque no venís acá conmigo? Quiero besarte.
- Está bien así.
- No te entiendo, te alejás, pero estás acostado conmigo.
- Es que estoy bien así, no seas caprichosa.
- Te puedo decir algo... - dijo mientras me devolvía el cigarrillo.

- Sí, claro.
- Yo no entiendo por qué no te das una oportunidad.
- Creo que ya fui lo suficientemente claro.

Me salgo de la cama. Me siento en el sillón. Prendo otro cigarrillo. Aspiro un par de veces el cilindro de nicotina. Me relaja. Maldito vicio, pienso. Tengo una extraña mezcla de intolerancia y lástima por ella.

- Es sencillo, no puedo.
- Es estúpido que alguien diga eso, todos quieren darse una nueva oportunidad. Todos desean empezar de nuevo. No le des a ella una entidad que ya no tiene.
- Tal vez no tengo ganas.
- A eso me refiero, hagamos el esfuerzo, hazelo conmigo. Yo también lo necesito.

Me paro, enfurecido.

- A eso voy. Justamente a eso. Ese es el punto. Esa es la clave. Cuando el amor surge de una necesidad todo termina saliendo para el carajo ¿Me entendés? Vos me planteás esto justamente porque soy UNO. Uno cualquiera que apareció. Vos querés amar y no importa demasiado a quien. ¿Y sabes qué?, es al revés. Aparece un tipo y después se lo ama.

- Yo solo quiero amar, sí. Y vos podrías ser uno de ellos. Habría otros, pero ¿Qué importa? Siempre hay otros. Hoy sos vos – Se sienta en la cama, desnuda.
- A mí me aman siempre o no me aman.
- ¿Sos tonto? Esperá sentado entonces. – Me acerca, irónicamente, una silla – -A ver ahí tenés, que se siente alguna que te ame para siempre. Así te va a quedar la silla. Vacía.
- A ver, acomodemos el pensamiento. Vos me querés amar, o sea, forzar a amarme...
- Yo quiero amar. Estoy cansada de estar sola. Y creo que vos podés ser uno de ellos.
- ¿Uno de quiénes?
- De los que aceptaría que me amen.
- Ves, no es así. A ver, te voy a ser sincero: no quiero una oportunidad con VOS, porque en el fondo no me satisfaces del todo. Y deberías saberlo, nunca uno se predispone al amor. El amor brota, surge espontáneamente. El amor, en un principio, nace como un flechazo y luego, muy luego, deriva en una calma cotidiana igual de dichosa que la primera emoción.
- Sos una mierda.
- ¿Por qué? ¿Por ser sincero?
- No solo por eso, sino por decírmelo cuando estoy desnuda.

Pequeño silencio. Miro por la ventana. Suspiro. Enciendo otro cigarrillo más.



Debo dejarlo urgente, pienso.

- Me gustás desnuda.
- ¿En serio?
- Sí, sos nacarada.
- Gracias. – Se tapa con la sabana. Se queda unos minutos en silencio. Parece reflexionar y lanza –
- Me usas.
- ¿Cómo?
- Que me usas. Solo estoy acá para que olvides. Soy nada en tu historia. Eso es usarme. Yo recordaré esta noche y para vos sólo fui olvido. Olvido de no sé quién.
- Siempre se es olvido.
- No me vengas con idioteces.
- Nadie te ató a un palo para que vengas. No quiero usarte y no te estoy usando. Solo me gusta tu cuerpo desnudo, acostarme con vos. Lo lamento, no puedo amarte. No me sale.
- No te sale porque no querés que te salga.
- No rodemos sobre lo mismo- Me acerco a la cama. Arrimo mi boca a la suya – Tenés un hermoso cuerpo de mármol. Dejame tocarlo.
- Soy tuya.

Las sabanas flamean por la acción corporal. Se pegan a las pieles y dibujan el contorno mágico de dos cuerpos jóvenes. Una conjunción de olvidos. Ella olvidando que él no la quiere. El olvidando a otra.

Necesitan ambos el calor de una mano que pasee por la curva de sus espinas dorsales. Que baje con suavidad y soltura.

En algún punto me doy, nos damos, lástima. Ninguno de los dos quiere realmente lo que está pasando. No es fruto de la satisfacción sino de la carencia.

- No te voy a ver nunca más ¿no?
- No sé, puede que nos crucemos alguna vez. ¿Por qué me preguntás todo esto, no fui claro cuando arreglamos este encuentro?
- Sí, pero ahora, cuando disfruto tanto de este momento pienso por qué no podría repetirse. Por qué no podría suceder más seguido... por qué te negás. Ah, pero ya me dijiste, no te gusto lo suficiente.
- No, perdóname.
- Tal vez no debería haber venido. Me voy. – Se para y comienza a vestirse.
- No, quedate. Sos más linda desnuda que vestida. Eso pasa poco.
- ¿Para qué? Para que me mires en bolas como un baboso pero a la vez me digas que no te gusto lo suficiente. Confundís con cada palabra.
- La noche no ha terminado, hay mucho alivio todavía para intercambiar.

Se para, furiosa.

- No te das cuenta. Cada vez que me haces el amor y me tocas y me besas y



me acaricias yo me enamoro. ¿No te das cuenta de eso?

- Eso es mentira y lo sabes. Mañana se te pasa. Por supuesto que yo también me enamoro pero sé que es efímero, circunstancial.
- ¿Y cómo carajo puedes saber eso?
- No me grites. Lo sé, no me preguntes cómo pero lo sé. Ahora sentate y quedate conmigo. Sólo esta noche. Por favor.
- Yo quiero ésta y todas las noches.
- Quedate hoy y después vemos. Pero quedate. – Otro cigarrillo.
- ¿No fumás demasiado?
- ¿Quién te dijo que hay que ser sano?
- Nene. A veces sos un príncipe pero a veces sos tan imbécil.
- Y vos una vulgar mal hablada.
- Es horrible lo que me pasa, siento unas ganas de decirte un montón de cosas hermosas y no puedo por miedo a que te asustes. Pero lo voy a intentar: ahora, en este instante, en este segundo, veo tu cuerpo liso y el tamaño de tu espalda, veo tu forma de hablar y fumar y tus chistes. Y te quiero – Llorra. Se sigue vistiendo, apunta para la salida.
- No. Quedate. Te quiero.
- Mentís. Yo lo sé. – Se seca las lágrimas. – Pero ahora qué importa. Qué otra alternativa tengo. Dame un beso. Nos quedan tres horas juntos. El tiempo puede ser infinito.
- Gracias por quedarte. Hoy te quiero.

La ciencia

El pensamiento científico podría detectar el punto exacto en el que me dejaste de querer, le dije. No hay proceso. Hay big bang. Es igual a resolver un ejercicio de matemáticas: como un fugaz instante a partir del cual entiendo todo el problema. ABCD y no A---B---C---D. El primer conjunto de letras que acabo de escribir es el funcionamiento real de nuestro interior y el segundo la descomposición analítica que hacemos para explicarlo. ABCD son los componentes inconexos de relaciones que ya están en nosotros, desenlazados. Algo sucede, todavía no lo sabemos con precisión, para que la idea o el sentimiento aparezcan unificados, palpables en la conciencia y ésta pueda expresarse. Lo demás es pura y mediocre didáctica. Y no me vengas con que: A (te quiero) ----B (no sé si te quiero) --- C (no te quiero) D --- (quiero a otro). Esa es tu excusa. Tu manipulación.

Es más. Me dejaste de querer el día 12 de mayo del año 2014, a las 16:45 de la tarde. Lo sé, porque estaba con vos. Lo dejé registrado. Por ese entonces, ya estudiaba el tema. En cierto modo fue un privilegio. Por casualidad científica o mera suerte intelectual, presencié la explosión originaria. Fue un espasmo rápido, una mirada de segundos. Luego sonreíste. Me tomaste de la mano. Tomaste el café. Y no paraste de mentir.

¿Que lo desató? La ciencia nos obliga al principio de causalidad. Algo tuvo



que haberlo desatado. ¿Fue algo que dije? ¿Algo que hice? ¿Algo que vos hiciste? ¿Te cambió la composición celular? ¿Me volví más feo por un instante, acaso insoportablemente horrible? ¿El amor tiene una composición matemática parabólica, donde luego del pico máximo solo se puede bajar con tendencia al cero? ¿Se ama como la caída libre física? Todo esto deberías pensarlo. No vaya a ser que te suceda de nuevo. Por el poco aprecio que aún perdura en mí hacia vos, bien te deseo no presenciar ese instante de muerte. De fin del mundo.

A partir de ese momento inicial, constitutivo y para mí enteramente traumático dejaste de prestarme atención. Si seguiste nuestro noviazgo fue por pura inercia o por defección psicológica. Quizás por problemas no resueltos de la infancia. Ese ya es tu problema. Trátalo con tu terapeuta. Pero déjame decirte que la terapia no tiene nada de científico. Es cabalismo de la palabra. Poder confesional secularizado.

Dejame decirte algo más. Siempre me pregunté si podía darse el efecto inverso. ¿Cómo sucede, cuando y de qué forma, el desamor en el amor? ¿Cómo se vuelca el uno en el otro? Tengo una hipótesis. Revisando mis notas, encontré que el día 28 de octubre del año 2013 a las 12:25 del mediodía me levantaste la vista y abriste los ojos por encima de su medialuna normal. Alzaste la cabeza, como si te dieras cuenta de algo, de una revelación que asomaba en tu interior. Una perspectiva de la que no

te habías percatado y ahora afloraba consciente, permanente, ineluctable. ¿Habrá sido ese momento? ¿Lo recordás? ¿Qué? ¿Qué no tenés idea?

Deberías pensarte mejor. Porque acabas de hacer el mismo gesto. Me querés... sí. Me querés. Esperá. Dejame tomar nota. Esto es interesantísimo. Yo creía, tenía la hipótesis, de que solo hay un big bang. Pensaba que... Pensaba que no se puede volver a querer a la misma persona.

Porque yo... Por la forma gráfica de mi conciencia infinitesimal, por el egoísmo de la citosina, por la configuración de mi mitocondria celular, por este café, por el poco deseo sexual que me produce tu rostro, por el asco que me dieron tus traiciones...

Yo no te voy a querer nunca más.